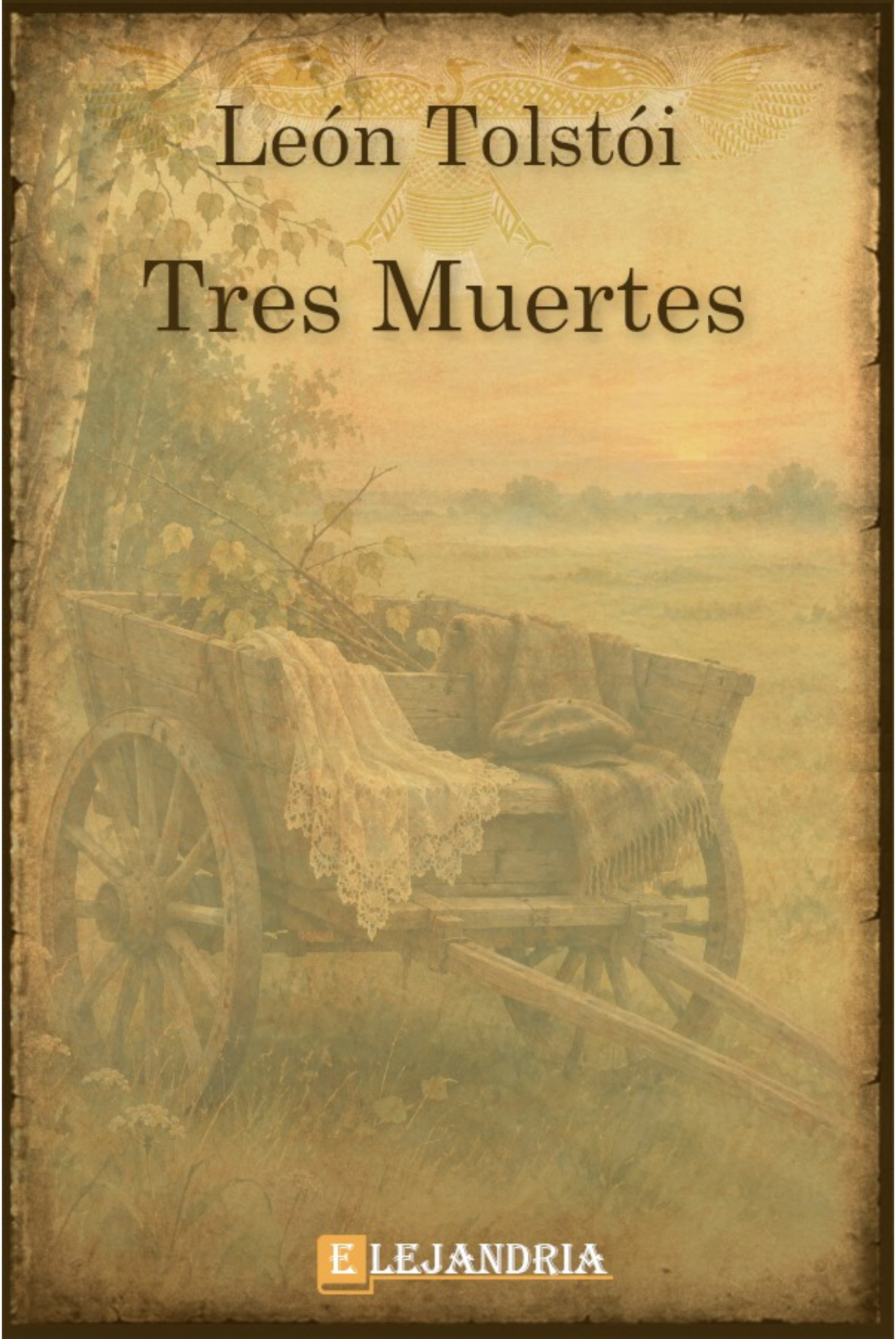
León Tolstói

Tres Muertes



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Tres muertes

León Tolstói

Publicado: 1859
Fuente: archive.org
Traducción: Anónimo
Edición original: Obras completas, t. III (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905)

I

Era el otoño. Dos carruajes rodaban rápidamente por la carretera. En el primero de estos iban dos mujeres, una de ellas, la que a juzgar por las apariencias era la señora, estaba muy pálida y era delgada; la otra, que parecía la doncella, era de sanos colores y gruesa; algunos cabellos cortos y lacios le salían por debajo del sombrero ya viejo, los cuales procuraba arreglar con rápido movimiento con sus coloradas y relucientes manos; envuelto en una manta escocesa su robusto seno, todo en ella denotaba salud. A través de los cristales contemplaba los campos cómo huían de su vista o posaba tímidamente sus negros ojos sobre la señora, dando de vez en cuando una ojeada inquieta al fondo del coche.

Colocado delante de ella balanceábase el sombrero de su señora al que estaba atado un velillo finísimo. Llevaba en la falda un perrito, y apoyaba sus piernas sobre las cajas que llenaban el vehículo, llevando con ellas el compás al unísono con el ruido que producían los cristales y el incesante movimiento del carruaje.

Con las manos cruzadas y los ojos cerrados reclinábase débilmente la señora sobre los almohadones dispuestos detrás de ella. Tenía fruncidas las cejas, molestándola de vez en cuando una tos muy pertinaz y seca.

Llevaba en la cabeza un gorro de noche blanco, envolviendo su blanquísimo y delicado cuello con un fino pañuelo azul. Dividía sus rubios y aplanados cabellos, una raya muy recta que iba a perderse debajo del gorro, la cual dábale un aspecto de frialdad y de muerte.

A pesar de su amarillento y ajado cutis, distinguíanse aún los rasgos finos y bellos de su cara, reflejándose en sus mejillas un suave color carmín. Tenía los labios secos y agitados, las cejas muy claras y rectas. Su capa de viaje formaba rígidos pliegues sobre su hundido pecho. Aunque sus ojos continuaban cerrados, se notaba en la cara de la enferma una expresión de profundo dolor y de sufrimiento continuado.

El criado dormitaba apoyado en su asiento. El postillón gritaba y fustigaba los caballos bañados en sudor, volviéndose de vez en cuando hacia el que guiaba el segundo coche. Las anchas paralelas que marcaban las ruedas sobre el barro del camino iban alargándose rápidamente hasta perderse en lontananza. El cielo estaba ceniciento. Una neblina húmeda y fría iba posándose sobre los campos y los caminos. En el coche, el aire impregnado de agua de Colonia y polvo de la carretera, se hacía sofocante.

La enferma volvió la cabeza y lentamente abrió los ojos. Los tenía muy negros y brillábanle con intensidad.

—¿Todavía no?—dijo, apartando nerviosamente con su delgada y preciosa mano la capa de su doncella que le rozaba ligeramente la pierna, haciendo al propio tiempo una imperceptible mueca de dolor. Matriocha recogió la capa con las dos manos y fue a sentarse un poco más lejos; su fresca cara coloreose aún más.

Los oscuros y hermosos ojos de la enferma iban siguiendo atentamente todos los movimientos de la doncella.

La señora apoyó sus manos contra el asiento a fin de poderse levantar para sentarse un poco más arriba, pero las fuerzas le faltaron. Torció entonces la boca y su cara tomó una expresión de ironía profunda y de impotencia. «Si tú me ayudaras… ¡No, no hace falta! Ya voy bien así. Ten cuidado no me vayas a echar encima todos esos sacos… Preferible es que no me toques, pues no me has comprendido.»

Cerró la señora los ojos y levantando luego rápidamente los párpados miró a su doncella. Matriocha mordíase sus labios rojos mientras contemplaba a su señora. Un hondo suspiro escapose del pecho de la enferma, suspiro que antes de terminar transformose en un acceso de tos. Se revolvía toda mientras apretaba contra el pecho sus crispadas manos; al cesar la tos

cerró los ojos, manteniéndose inmóvil. En esto los dos coches llegaban al pueblo.

Matriocha sacó su gruesa mano del mantón en que la llevaba envuelta y se persignó.

—¿Qué es eso?—preguntole la señora.

—Es la parada, señora.

—Que por qué te persignas, te pregunto.

—Señora, porque estamos delante de la iglesia.

La enferma volviose del lado de la portezuela y lentamente fue persignándose mientras contemplaba la alta iglesia del pueblo, a la que iba contorneando el coche.

Los dos carruajes detuviéronse juntos cerca de la parada.

De la carretela, bajaron el marido de la señora y el doctor. Ambos acercáronse al otro coche.

—¿Cómo os encontráis?—preguntole el doctor, mientras le tomaba el pulso.

—¿Cómo sigues? ¿Estás mejor?—le preguntó en francés el marido.—¿No quieres salir?

Matriocha arreglaba mientras tanto los paquetes en un rincón del coche para no estorbar la conversación.

—Igual… siempre igual; pero no quiero salir,—respondió la enferma.

El marido quedose un instante cerca del coche, el cual entró luego en la posta. Matriocha saltó del carruaje, corriendo por el fango con la punta de los pies hasta la puerta cochera.

—No es una razón que vos no almorcéis porque yo esté enferma,—díjole al doctor que estaba cerca de la portezuela, dejando asomar a sus labios una débil sonrisa.

«Ninguno de los dos se interesa por mí», se dijo, mientras el doctor se alejaba atravesando rápidamente el patio de la parada. «Lo único que les importa es ir ellos bien, de lo demás no se preocupan; ¡oh, Dios mío!»

—¡Bueno! Eduardo Ivanovitch,—dijo el marido, alcanzando al doctor, y frotándose las manos, con una sonrisa alegre.—He dado orden de que nos traigan algo que comer, ¿qué os parece?

—Muy bien,—respondió el doctor.

—Y ella, ¿cómo sigue?—preguntole en voz baja el marido mientras dejaba escapar un suspiro al mismo tiempo que levantaba las cejas.

—Ya os dije que era imposible que pudiese soportar un viaje a Italia, y ahora, Dios quiera que pueda llegar hasta Moscou… ¡sobre todo con este tiempo!

—Pero, ¿qué es lo que vamos a hacer? ¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el marido, ocultándose la cara entre las manos…

—Trae acá,—díjole al criado que traía la comida.

—Lo que debíamos haber hecho era quedarnos,—dijo el doctor, encogiéndose de hombros.

—Pero, ¿qué es lo que yo podía hacer?—replicó el marido.—Hice todo lo posible por retenerla, le puse de manifiesto nuestra situación, la imposibilidad de dejar nuestros hijos solos en casa, el abandono en que quedan nuestros negocios… todo ha sido inútil. Quiere pasar la vida en el extranjero, tiene echados sus cálculos para el porvenir… igual que si estuviera rebosando salud; revelarle en estos momentos su situación sería matarla.

—No debéis ignorar que está perdida, Vassili Dmitrievitch. Sin pulmones el hombre no puede vivir y estos no se rehacen; es muy triste, yo lo comprendo; pero, ¿qué le vamos a hacer? Vuestro deber, que es también el mío, no es otro que el de consolar y hacerle pasar felices los últimos días de su existencia. Sería necesario avisar a un confesor.

—¡Ah, Dios mío! No comprendéis cuál será mi situación, si me veo en el caso de recordarle los deberes supremos. Suceda lo que suceda, yo no le hablaré nunca de tal cosa… ¡Es tan buena!

—De todas maneras, probad de convencerla para ver si podemos aplazar el viaje hasta pasado el invierno, pues de lo contrario puede muy bien sucedernos una desgracia en el camino,—dijo el doctor con un tono imponente mientras movía la cabeza.

—¡Axucha! ¡Axucha!—gritaba con voz aguda la hija del dueño de la posta, poniéndose un pañuelo en la cabeza y corriendo por las sucias gradas de la escalera de servicio.—Vamos a ver a la señora de Chirkino, dicen que se la van a llevar al extranjero para que se cure del pecho. ¡Yo no he visto nunca ningún tísico!

Axucha dio un salto y cogidas de las manos salieron corriendo hasta llegar a la puerta cochera. Aflojaron el paso y pasaron por delante del coche mirando por el cristal de la ventanilla. La enferma, que estaba de cara, al ver a las curiosas, volviose del otro lado frunciendo las cejas.

—¡Madre mía!—dijo la hija del dueño de la parada volviendo rápidamente la cabeza.—¡Cómo ha cambiado! ¡Tan hermosa como era antes! Parece mentira. ¿Has visto, has visto, Axucha?

—Ya lo creo que la he visto, ¡y qué delgada está!—afirmó esta.

—Vamos como aquel que se dirige hacia el pozo, y la veremos otra vez. Ves, no quiere volverse de cara, pero, sea como quiera, ya la he visto. ¡Esto sí que es triste, Axucha!

—¡Cuánto barro!—dijo Axucha; y las dos franquearon corriendo la puerta cochera.

«Sin duda estaré desfigurada,—díjose la enferma.—¡Pronto, oh, lo antes posible al extranjero! Allí rápidamente me pondré del todo buena».

—Vamos, ¿cómo te encuentras, querida?—preguntole el marido acercándose al coche, mientras iba masticando todavía.

«Siempre la misma pregunta,—pensó la enferma,—pero él bien come».

—Bien,—dijo entre dientes.

—Sabes, amiga mía, que temo que el camino te fatigue demasiado, y Eduardo Ivanovitch es de mi mismo parecer. ¿No sería muchísimo mejor que nos volviésemos?

Ella se calló, muy irritada.

—El tiempo cambiará, los caminos estarán en mejores condiciones, y tú también irás ya mucho mejor.

—Dispénsame. Pero si no te hubiese hecho antes caso, hace mucho tiempo estaría ya en Berlín del todo restablecida.

—Pero, ¿no lo ves, ángel mío?… Es imposible, tú bien lo sabes, y si quisieras esperar un mes, estarías mejor, yo concluiría mis negocios y nos llevaríamos a nuestros hijos.

—Nuestros hijos están buenos, yo no lo estoy.

—Pero, mira, querida, comprende bien lo que quiero decirte, si con el tiempo que hace te sientes mal a mitad del camino… al menos en casa…

—¡Qué! ¡en casa!… ¡Morir en casa!—exclamó con amargura la enferma. La palabra *morir* la espantaba visiblemente… Miró a su marido con aire suplicante y como interrogándole. Él bajó los ojos y se calló. De pronto la enferma contrajo la boca como hacen los niños y de sus ojos salieron abundantes lágrimas. El marido cubriéndose la cara con el pañuelo, se alejó silenciosamente del coche.

—No, ya sé que me he de ir,—dijo la enferma levantando los ojos al cielo, y juntando las manos empezó a murmurar palabras incomprensibles.

—¿Por qué?… ¡Dios mío!—decía, mientras las lágrimas le caían más abundantes. Y oró largo tiempo con ardiente fervor mientras algo le oprimía el pecho dolorosamente.

El cielo, los campos, la carretera seguían oscuros y sombríos; la helada neblina de otoño caía sobre el barro del camino, sobre el tejado, sobre el coche, sobre las *tulupes* de los postillones, que hablaban alegremente en alta voz mientras engrasaban y limpiaban los carruajes…

II

El carruaje estaba ya listo, pero el postillón tardaba aún, por estar en la izba charlando con los demás.

La izba estaba sombría, el calor era sofocante, el aire estaba enrarecido, sintiéndose el olor peculiar que despide la habitación del hombre; además, olía a pan recién cocido, a coles y a piel de cordero. Algunos postillones había reunidos en la estancia. La cocinera estaba cerca de la estufa, sobre la cual había recostado un enfermo cubierto de pieles de carnero.

—¡Tío Fedor! ¡Eh! ¡tío Fedor!—dijo un joven postillón que entraba entonces en la habitación con la *tulupe* y el látigo colgado a la cintura, dirigiéndose al enfermo.

—¿Para qué llamas a Fedka, hablador?—dijo uno de los postillones.—Anda, en el coche te esperan ya.

—Le quiero pedir sus botas, porque las mías están ya viejas,—respondió el joven colgándose los guantes en la cintura y sacudiendo su cabellera.—¿Pero, está durmiendo? ¡Eh! ¡tío Fedor!—repitió acercándose a la estufa.

—¿Qué?—pronunció una voz débil, y un rostro muy rojo y flaco levantose de la estufa. Con la ancha mano descarnada y descolorida en extremo levantose el *armiak* sobre la descarnada espalda cubierta con una camisa muy sucia.—¡Dame de beber, hermano! ¿Qué es lo que quieres?

El joven tendiole un pequeño vaso de agua.

—¡Fedka!—dijo titubeando el joven,—a mí me parece que ya no tendrás necesidad de tus botas nuevas; me las puedes dar, porque creo que no anda-

rás mucho con ellas.

El enfermo inclinó su cansada cabeza hacia el vaso, mojando sus lacios bigotes en aquella agua sucia, la cual apuró a sorbos pero con ansia. Su barba estaba embrollada y sucia, y sus ojos hundidos y vidriosos los levantó con dificultad hasta la cara del joven. Cuando concluyó de beber quiso levantar su mano para secarse los labios, pero no pudo lograrlo, secándose con la manga del *armiak*. Sin decir nada y respirando penosamente por la nariz, miraba fijamente al joven, procurando reunir sus fuerzas.

—Quizás las tienes ya prometidas a otro, me es igual,—dijo el joven.—Lo más principal para mí es que tengo que ir a trabajar, y como los caminos están mojados pensé pedir las botas de Fedka… porque creía que no las necesitaba; ahora, si tú las necesitas, dilo…

En el pecho del enfermo sintiose un ruido sordo e inclinose ahogado por una tos gutural que no pudo vencer.

—¿Para qué le hacen falta? Lo menos hace dos meses que no ha bajado de la estufa,—dijo la cocinera con estentórea voz que se oyó en toda la izba.—¿Ves de qué modo respira? A mí me hace daño cuando le oigo. ¡No sé para qué demonio quiere las botas! No le amortajarán con sus botas nuevas, y me parece que ya es hora de que se vaya, ¡Dios me perdone! ¿Ves qué modo de sufrir? Hay que trasportarlo a otra izba o a cualquier otro sitio. En la ciudad dicen que hay hospitales… además esto se va haciendo insoportable. ¡Ocupa todo el rincón y ya no queda sitio, y por si esto no bastaba aún se me exige la limpieza!

—¡Eh! ¡Serioja! ¡Anda, que los amos te esperan!—gritó desde fuera el jefe de la posta.

Serioja iba a salir sin esperar la respuesta, pero el enfermo, que tosía, le hizo seña con los ojos de que aguardara.

—Serioja, toma las botas,—dijo al fin ahogándose, después de reponerse un poco:—pero, escucha… que me compres una piedra cuando me muera,—añadió refunfuñando.

—Gracias, tío; entonces, las tomo… y la piedra te juro que te la compraré.

—¡Ten; vosotros lo habéis oído!—dijo aún el enfermo; y recostándose de nuevo volvió a toser lastimosamente.

—Sí, ya lo hemos oído,—dijo uno de los postillones.

—Aligera, Serioja; mira el jefe cómo corre otra vez. Es la señora de Chirkino la que espera.

Serioja quitose rápidamente sus zapatos rotos y los tiró sobre el banco. Las botas nuevas del tío Fedor le venían justas al pie, y Serioja se las miraba mientras se dirigía al coche.

—¡Qué botas tan buenas! Trae que te las engrase,—dijo el postillón que tenía la grasa en la mano, mientras Serioja subía al pescante y tomaba las riendas.—¿Te las han regalado?

—¿Me tienes envidia?—dijo Serioja, mientras se levantaba para envolverse las piernas con los pliegues del *armiak*.—¡Déjame!—¿Cómo estamos, amigos?—gritó a los caballos. Levantó el látigo y los coches, con los viajeros, las maletas, los paquetes… desaparecieron en la oscura neblina de otoño, rodando rápidamente por la mojada carretera.

El postillón enfermo se quedaba allá sobre la estufa de la izba y, no pudiendo escupir, se volvía haciendo grandes esfuerzos del otro lado, calmándose algo después.

En la izba hasta la noche todo fueron idas y venidas; se hablaba, se comía… el enfermo ni se oía. Antes de la noche la cocinera subió a la estufa y le echó la *tulupe* sobre las piernas.

—No te enfades conmigo, Natasia,—pronunció el enfermo.—Pronto se verá desalojado tu rincón.

—Bueno, bueno, eso no le hace,—murmuró Natasia.—Pero, ¿qué es lo que te duele?

—Todo lo de dentro está enfermo… Dios sabe lo que tengo.

—¿La garganta también te dolerá cuando toses?

—Todo me duele, es la muerte que ha llegado… ¡Oh! ¡oh! ¡oh!—gimió el enfermo.

—Cúbrete los pies… ten… así,—dijo Natasia cubriéndole con el *armiak* y bajando de la estufa.

Durante la noche, un farolillo alumbraba débilmente la izba, Natasia y unos diez postillones que roncaban fuerte, dormían sobre el suelo o sobre los bancos. Solo el enfermo seguía gimiendo débilmente, tosiendo y agitándose sobre la estufa. Por la madrugada se calmó del todo.

—He tenido un sueño muy raro esta noche,—dijo la cocinera desperezándose a la débil claridad de la mañana.—He visto al tío Fedor que bajaba de la estufa e iba a cortar leña.—Dame, Natasia, decía, que te ayudaré, y yo le respondía: ¿No ves que no podrás cortarla?… pero él, coge el hacha y las astillas saltan, y saltan… ¡Basta, le dije, estás loco! No, me respondió, estoy bien. Cuando se puso de pie me entró un gran miedo, grité… y me he despertado. Puede que esté muerto… ¡Tío Fedor! ¡Eh! ¡tío Fedor!

Fedor no respondía.

—Hay que ver si verdaderamente está muerto,—dijo uno de los postillones levantándose.

La flaca mano cubierta de pelos rubios colgaba fuera de la estufa y estaba fría y cadavérica.

—Tenemos que participárselo al jefe, pues parece que está muerto,—dijo un postillón.

Fedor no tenía familia; era de muy lejos. Al otro día lo enterraron en el cementerio nuevo, detrás del bosque, y Natasia, durante muchos días, fue contando a todo el mundo su sueño, diciendo que había sido la que primero había adivinado la muerte del tío Fedor.

III

Era la primavera. En la ciudad, por las húmedas calles, pequeños riachuelos murmuraban entre los sucios témpanos de hielo. Los vestidos eran claros y las voces sonaban alegremente. En los jardines, a lo largo de las avenidas, empezaban a brotar las primeras hojas y las ligeras ramas balanceábanse al impulso de un viento fresco. Por todas partes se deslizaban y caían trasparentes gotas… Los gorriones piaban y revoloteaban con sus diminutas alas. Del lado del sol, tras las avenidas, las casas, los árboles, todo se alegraba y brillaba. En el cielo, en la tierra y en el corazón del hombre todo era alegre y risueño.

En una de las principales calles, cabe la puerta de un palacio, veíase un poco de paja esparcida por el suelo. Habitaba en ese palacio aquella misma enferma, aquella moribunda que tanto se apresuraba para ir al extranjero.

Cerca de la puerta cerrada de su habitación, estaban el marido y una mujer de edad. El sacerdote sentado en un diván, con la mirada baja, tenía entre sus manos un objeto cubierto con la estola. En un rincón, una mujer anciana, la madre de la enferma, echada en un sillón lloraba amargamente. Cerca de ella, una doncella tenía en la mano un pañuelo, esperando que se lo pidiese. Otra frotaba las sienes de la anciana soplándole la cabeza por debajo de la cofia.

—¡Que Cristo os ayude, prima mía!—decía el marido a la mujer de edad que estaba de pie cerca de la puerta.—¡Tiene tanta confianza en vos y le sabéis hablar de tal manera! Exhortadla bien, consuelo mío, andad.

El marido fue a abrirle la puerta, pero la mujer le contuvo, llevose diferentes veces el pañuelo a los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Ahora no creo que se conozca que he llorado?—y abriendo la puerta, penetró en la otra estancia.

El marido estaba emocionadísimo y parecía muy quebrantado. Dirigiose hacia la anciana, pero antes de llegar a ella, volviose y se acercó al sacerdote. Este, después de mirarle, levantó los ojos al cielo y suspiró.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo el marido.

—¿Qué le vamos a hacer?—repuso con un suspiro el sacerdote levantando y bajando de nuevo su mirada.

—¡Su madre que está aquí no podrá soportarlo!—dijo el marido desesperado.—¡Amarla cómo la amaba! ¡Oh! no sé… Probad de calmarla, padre, rogadle que se vaya de aquí.

El sacerdote se levantó, acercándose a la anciana.

—Es verdad; nadie puede apreciar el corazón de una madre,—dijo.—Sin embargo, Dios es misericordioso.

De pronto, la cara de la anciana se contrajo a causa de un ataque que le dio de hipo histérico.

—Dios es misericordioso,—continuó el sacerdote cuando se hubo calmado un poco.—Os diré que en mi parroquia había un enfermo que estaba peor que María Dmitrievna. Pues bien, un simple tendero le ha curado en poco tiempo con unas hierbas, y ese hombre está en Moscova. Ya se lo he dicho a Vassili Dmitrievitch, a lo menos se podría ensayar, sería un consuelo para la enferma. Todo es posible, Dios mío.

—¡No; está perdida!—dijo la vieja.—En vez de tomarme a mí, es a ella la que quiere Dios.—Y habiéndole vuelto los hipos histéricos con más frecuencia, perdió el conocimiento.

El marido ocultó la cara entre sus manos y salió de la estancia. La primera persona que encontró en el pasillo, fue a su hijo de diez años, que corría para alcanzar a su hermanita.

—¿Qué?… ¿no ordenáis que lleven a los niños para que vean a su madre?—preguntó la vieja criada.

—No, no quiere verlos, eso le molesta.

El niño parose un momento mirando fijamente a su padre; y seguidamente saltando y dando alegres gritos alejose.

—Este es el caballo negro, papá,—gritó mostrando a su hermana.

Al propio tiempo, en la habitación contigua, estaba ya la prima sentada cerca de la moribunda y con una conversación hábilmente dirigida, se esforzaba en prepararla a la idea de la muerte. El doctor, cerca de la otra ventana, preparaba una poción.

La enferma, con un camisolín blanco y rodeada de almohadones, estaba sentada en la cama, mirando en silencio a su prima.

—No, amiga mía,—dijo interrumpiéndola.—No me preparéis. No me consideréis como una niña. Soy cristiana, lo sé todo, sé que no viviré mucho tiempo; sé que si mi marido me hubiese escuchado antes, estaría ahora en Italia, y es casi seguro que estaría curada. Todo el mundo se lo decía; pero, ¿qué le vamos a hacer?, evidentemente esta es la voluntad de Dios. Todos somos pecadores, ya lo sé, pero espero que con la gracia de Dios todo me será perdonado. Intento comprenderme… yo también tengo pecados en la conciencia, amiga mía; pero, ¡he sufrido tanto! He hecho lo posible para sobrellevar con paciencia mis sufrimientos…

—Entonces, ¿quieres que venga un sacerdote, querida mía?

La enferma inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Dios mío! ¡perdóname mis pecados!—murmuró.

La prima salió e hizo una señal al sacerdote.

—Es un ángel,—le dijo al marido con las lágrimas en los ojos.

El marido rompió a llorar. El sacerdote franqueó la puerta, quitose la estola y se arregló un poco los cabellos.

—Gracias a Dios que está más calmada y desea vernos,—dijo.

El marido y la prima entraron también. La enferma lloraba dulcemente contemplando el sagrado icono.

—Te felicito, querida mía,—dijo el marido.

—Gracias. ¡Qué bien me encuentro ahora! ¡Siento un bienestar incomparable!—y una ligera sonrisa brotó en los labios de la enferma.—¡Qué misericordioso es Dios! ¿No es verdad? ¡Es misericordioso y todopoderoso!—y nuevamente, con una singular piedad y los ojos llenos de lágrimas, contempló el icono.

Pareció acordarse al pronto de alguna cosa y le hizo un signo al marido para que se acercara.

—Tú no quieres hacer nunca lo que te pido…—le dijo con voz débil y llena de descontento.

El marido alargó el cuello y dócilmente escuchola.

—¿Qué es lo que quieres, querida?

—¿Cuántas veces te he dicho que esos doctores no saben nada? Hay remedios simples que curan. Mira… el sacerdote decía… que un hombre del pueblo… envía…

—¿A quién enviamos a buscar, amiga mía?

—¡Dios mío! No quiere comprender nada…

La enferma se crispó toda y cerró los ojos.

El doctor se acercó, le tomó la mano y al notar que el pulso era cada vez más débil, hizo una señal al marido.

La enferma se percibió de ello y se volvió espantada.

La prima lloraba y se retorcía convulsa.

—No llores, nos atormentas,—dijo la enferma.—Y eso me quita la tranquilidad suprema.

—¡Eres un ángel!—dijo la prima besándole las manos.

—No, aquí no, en la cara. En la mano no se besa más que a los muertos. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Aquella misma noche, la enferma ya no era más que un cadáver; estaba este metido en un ataúd y colocado en el salón principal del palacio; en este salón y a puertas cerradas, un diácono entonaba con gangosa voz los Salmos de David. La clara luz de los cirios caía, desde los altos candelabros de plata, sobre la pálida frente de la muerta, sobre sus manos inertes y sobre

los petrificados pliegues del sudario que se levantaba lúgubremente sobre las rodillas y los dedos de los pies. El diácono, sin comprender las palabras que decía, las recitaba con voz monótona, ahogándose el sonido de estas bajo la bóveda del ancho salón. De vez en cuando oíanse, aunque muy confusamente, las voces y las pisadas de los niños.

«Oculta tu faz en el polvo, retén tu aliento, porque ellos serán turbados, ellos desfallecerán y volverán al polvo.

»Pero si Tú rechazas su espíritu, serán creados de nuevo y renovarás la faz de la tierra.

»Que la gloria del Eterno sea por siempre celebrada». (Salmo 105; versículos 29, 30, 31).

La cara de la muerta estaba severa y majestuosa.

Ni en su pura y helada frente ni en sus apretados labios se notaba movimiento alguno.

¡Parecía escuchar!… Al menos, ¿comprendería ahora estas grandes y profundas palabras?

IV

Un mes después una capilla de piedra se elevaba sobre la tumba de la difunta. Sobre la del postillón aún no había ninguna piedra, y la verde hierba crecía sobre aquel pobre montón de tierra, único indicio de la desaparición de una existencia humana.

—Sería un pecado, Serioja, si no comprases una piedra para Fedor,—dijo un día la cocinera.—Antes decías: En invierno… el invierno ha pasado, ¿por qué no cumples ahora tu palabra? Fue delante de mí, ya ha venido una vez a pedírtela; si no se la compras vendrá otra vez y te ahogará.

—¡Pero, si no se la niego!—respondió Serioja.—Yo compraré la piedra, eso es cierto, la compraré por un rublo y medio, no lo he olvidado; pero hay que traerla. Cuando tenga ocasión de ir a la ciudad, la compraré.

—Al menos si pusieras una cruz… eso estaría bien hecho; de lo contrario, no,—dijo un viejo postillón.—¡En fin, tú llevas sus botas!…

—Pero, ¿dónde voy a hallar una cruz? Porque con un leño no se puede hacer.

—¿Qué dices? No se podrá hacer con un leño; pero tomas un hacha, te vas por la mañana al bosque y haces una. Cortas un fresno y ya tienes una cruz; de lo contrario, tienes que darle una copa de aguardiente al guarda; y si se fuera a dar un poco de aguardiente a cada uno de esos canallas, no acabaríamos nunca. Ten, sin ir más lejos, el otro día corté yo uno superior y nadie me ha dicho una palabra.

Al amanecer del siguiente día, Serioja cogió un hacha y se fue al bosque.

Todo estaba cubierto del fresco rocío que aún caía. Aún no había salido el sol; la parte de oriente iba clareándose paulatinamente y reflejando su débil claridad en la bóveda del cielo cubierto de ligeras nubes. Ni la más mínima hierba del suelo, ni una sola hoja de la rama más alta se movía. Solo el rumor de unas alas al rozar el suelo, que se oía de vez en cuando, era lo que rompía el silencio del bosque. De pronto un ruido extraño se oyó en toda la extensión del bosque… y de nuevo sonó el ruido repitiéndose bajo los troncos inmóviles. La cima del árbol temblaba extraordinariamente, parecía que sus hojas murmuraban alguna cosa y la curruca que estaba subida en una de las ramas revoloteó dos veces silbando, y agitando su cola fuese a instalar en otro árbol.

Abajo, el hacha seguía crujiendo cada vez más sordamente. Algunos copos blancos cayeron sobre la fresca hierba humedecida por el rocío; un ligero crujido acompañaba a cada golpe.

El árbol entero vacilaba, inclinándose al mismo tiempo que se rasgaban sus profundas raíces. Por un momento todo quedó en calma, pero curvose de pronto el árbol, crujió el tronco, rompiéronse las ramas y las hojas… y tocó por fin la cima el húmedo suelo.

El ruido del hacha y de los pasos dejaron de oírse. La curruca silbó saltando a otra rama; la que dejó, balanceose un momento parándose después como las demás. Los árboles, con sus ramas inmóviles, elevábanse más majestuosamente en el anchuroso espacio.

Los primeros rayos del sol, atravesando las trasparentes nubes, esparcían su brillo por la tierra y por el cielo. La neblina deslizábase en ondas por los profundos barrancos. El rocío brillaba y jugueteaba en el verde musgo; pequeñas nubecillas blancas y trasparentes corrían por la bóveda celeste. Los pajarillos escondíanse en la espesura y gorjeaban alegres canciones. Las lustrosas hojas murmuraban en las cimas, y las ramas de los árboles vivientes agitábanse con lentitud y majestuosidad por encima del árbol caído y muerto.

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción castellana anónima publicada en las *Obras completas de León Tolstoi*, tomo III, *Ocho relatos* (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905), «nueva versión castellana» hecha sobre la traducción francesa de J. W. Bienstock revisada por P. Biriukov, a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive. Las ilustraciones no se reproducen. Las notas a pie de página proceden de esa edición.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

La edición de 1905 titula este relato «Tres muertos»; aquí se usa el título con que se conoce habitualmente en castellano.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web